

Colaboraciones

# Noches serranas

Miguel Romero Sáiz

"...Nieva y nieva, silenciosamente, sobre los ondulados cerros de nuestra sierra, los copos han vestido de novia, la cruz de piedra del collado, el olmo de la plazona, los tejados de nuestras tinadas y la vieja torre de la iglesia..."

Llega diciembre y con él, el gélido frío de un crudo invierno aletea por el ambiente de unos pueblos serranos que añoran los días alegres del cálido verano.

Pero el invierno en la sierra es bonito. Tradiciones bellas que se mantienen intactas ocupan el trasiego de unos habitantes muy dados a su propio y singular vivir. Desde las lejanas tierras del Levante o de la Cataluña orgullosa aquellos inmigrantes obligados, llegan ansiosos a recibir las dádivas porcinas que podrán llenar despensas, ahora vacías, para dar la fuerza proteínica que avive espíritus serranos, ahora apartados de sus hogares.

"La matazón" pervive al progreso. Su gran sentido arrastra el paso del tiempo que en ella parece dormido. Ya apenas se ven matazones a la usanza del ritual tradicional pero, el cambio no afecta al sentido real de un uso que pervive siglos atrás.

Hacé años que las grandes nevadas destacaban por su ausencia. Ahora, el tiempo revuelto por "el no sé qué" sorprende año tras año



y nos adula con situaciones curiosas. Vuelve la nieve y con ella, tradiciones perdidas, costumbres añoradas, usos olvidados.

Ya descenden los copos desde la altura, como mariposillas que el viento mueve, ya al tocarlas me digo con amargura; ¿por qué será tan fría

la blanca nieve...?

La Navidad sin nieve no hace honor al tiempo. Noche helada de diciembre, en la cual vierte la luna su luz casta y alegre. No hay aullidos del lobo, que en antaño hubiera, en las lejanías de los oteros y el caserío se apiña, sin temores al pie de la ladera, junto a los sargales de un riachuelo.

Aunque el sol baña triste

el horizonte, en las fornidas chozas nadie se mueve.

¡No pueden los pastores subir al monte!

¡Les cerró la salida la blanca nieve!

Tal es la estampa que evocamos, como españoles y como cristianos, cuando llega a su fiel cita, las fiestas navideñas.

Es el diseño de una aldea de rojos tejados, árboles que muestran fantasías de escarcha en las temblorosas ramas y una teoría de senderos trepan por las rochas y se repliegan por los vallejos.

Nieva e hiela. Bajo el parpadeo vigilante de las estrellas; pero el pueblo reposa tranquilamente en la hondonada, protegido por verdes pinarcillos y tupidos carrascales.

Que es diciembre y 24 nos lo dice el estribillo de los villancicos, al cantar pidiendo el aguinaldo y el gran temblor de las zambombas. Todo es gozo, leyenda y poesía, en la Nochebuena católica de los pueblos serranos. Es cierto que sopla la celiisca pero da gusto guarecerse al amparo de la tibia chimenea de la cocina, al calor de la llama que ennegrece los llares y hace borbotear los panzudos cazuelos que cuecen junto a los morillos de hierro forjado.

Los cándalos de pino y los

tueros de encina arden sin consumirse, hechos ascua viva y dorada. Lucen los cobres de la espetera, sus oros falsos a la luz de la almenara cargada de teas goteantes y los cantarillós rezuman agua fresquísimas del hontanar milagrero.

Entonces suena fuera, en las calles mal empedradas que la nieve igualó, el estruendo de los coros navideños, gente moza que canta acompañado de zambombas, almireces, botellas y corbeteras, los villancicos realistas de la Nochebuena:

Esta noche es Nochebuena y no es noche de dormir, que está la Virgen de parto y a las doce ha de parir.

O bien, esos otros tan peculiares de cada localidad:

Entre la noche y el día el Niño Jesús nació. Era la noche sombría y el mundo se iluminó.

Los pastores que supieron que el niño estaba en Belén, se dejaron las ovejas y empezaron a correr. La Nochebuena se viene la Nochebuena se va, y nosotros nos iremos y no volveremos más.

Es la Navidad de los pueblos serranos. Es nuestra Navidad.



**Ramón Herráiz**  
nos regala  
con una  
foto  
del Belén Viviente  
de Cueva  
de la Zarza